

EL CANTO XXIV DE LA ODISEA

LA PERÍCOPA DE LAS ALMAS DE LOS PRETENDIENTES (1-204) AUTENTICIDAD Y ANÁLISIS

El canto 24 es como la puesta del sol, como el remate de la cúpula de la Odisea. Consta de tres cuadros unidos entre sí por razón del argumento y por el principio estético de la alternancia.

Manera homérica es alternar escenas olímpicas con escenas terrestres como un recurso para dar variedad y descanso y como un elemento preparador o complementador de la trama. La escena con que empieza el canto 24 no es olímpica pero es de ultratumba, y desempeña la misma función estética de ser un eco o comentario de lo que pasa en la tierra para grabar más su importancia y su alcance, y de ser también un elemento de variedad y descanso entre dos temas de emotividad parecida, como son aquí las dos anagnórisis de Penélope y Laertes, las más intensas emotivamente de la Odisea como de padre y esposa. Nunca Homero hace seguir dos momentos intensamente emotivos con emotividad de un mismo signo, sin que descansa entremedio el espíritu para que pueda sentir más...

Los tres cuadros de que se compone este canto final son como las puntas de tres ramas principales de la epopeya, los remates de tres trayectorias básicas del poema: La trayectoria de la venganza, la trayectoria de la anagnórisis o manifestación del protagonista y la trayectoria del hogar de Agamenón como fondo y contraste del hogar de Ulises. Empieza el poeta por esta última para poner un intermedio entre las dos anagnórisis, sigue por el reconocimiento de Laertes y termina con la venganza, objetivo central y primero de todo el poema.

CUADRO PRIMERO: *El hogar de Agamenón.*

Lo blanco resalta más sobre lo negro. Para los lectores de la Odisea no es ningún secreto que Homero utiliza a todo lo largo del

poema el hogar de Agamenón como fondo negro sobre el que hace resaltar más las virtudes del hogar de Ulises. Y sería de extrañar que al recoger en el último canto las trayectorias principales del poema para rematarlas, el poeta se hubiera olvidado de ésta.

Felizmente la ha rematado y con una proyección que alcanza no solamente a la *Odisea* sino también a la *Iliada*, como quien aprovecha este último momento de despedida para dar un adiós inmortal a los hijos que salieron de su genio —Aquiles y Ulises, *Iliada* y *Odisea*—, como quien se presenta con ellos de la mano al final de la representación para recibir la ovación final. Homero proclama por igual la inmortalidad de los dos poemas. «Así tú ni muriendo —o Aquiles— perdiste tu nombre, sino que siempre tendrás entre todos los hombres una fama inmortal». E inmortal será también la fama de Ulises y su prudente y virtuosa consorte: «Por eso no perecerá la gloria de su virtud, sino que los inmortales la compondrán un canto —a la prudente Penélope— que encantará a los que vivan sobre la tierra».

Los que extrañan este cuadro en este último canto es que no han leído con ojos poéticos todo el poema y mucho menos han leído con ojos «filiales» o «paternales» ambos poemas. El corazón de Homero, genial y paternal, así tenía que terminar...

* * *

La técnica de la composición de este cuadro es enteramente homérica.

Homérica por el enmarque. Viene precisamente a llenar el espacio que tardan en llegar Ulises y sus tres acompañantes desde la ciudad al huerto. Recurso conocidísimo para todos los que han saludado la técnica homérica.

Homérica por la acción. Toda está engastada en la marcha de la acción: Hermes lleva las almas de los pretendientes al Hades. «Encuentran» al alma de Aquiles... Llega la de Agamenón. Entablan Aquiles y Agamenón el diálogo. Mientras así hablan, llega Hermes con las almas de los pretendientes. Agamenón reconoce la de Anfimedonte y entabla el diálogo con él...

Homérica por la claridad y sencillez de líneas: Dos diálogos, el primero de Aquiles y Agamenón con una sola intervención de cada uno, y el segundo de Agamenón y Anfimedonte con otra sola intervención coronadas por una última exclamación de Agamenón.

Homérica por el estilo transparente y terso como el de la comparación de los murciélagos, por la evocación de temas y sentimientos de la *Iliada* como la colocación de los huesos de Patroclo, por la complementación del primer poema, como la muerte de Aquiles, en perfecta consonancia con toda la *Odisea* llamada por el autor de lo Sublime «epílogo de la *Iliada*», por el carácter narrativo y sintético de los dos trozos más principales como son la apoteosis de Aquiles y la muerte de los pretendientes—narraciones sintéticas tan parecidas a otras muchas que abundan en la *Odisea*, como la síntesis que hace Ulises a Alcínoo de su viaje desde la isla de Calipso y la que hace a Penélope de sus viajes por el mundo... Todo esto está diciendo que el trozo es eminentemente homérico y que lo más a que podemos aspirar es a ver si somos capaces de sentirle...

* * *

Tres partes tiene. Primera, conducción de las almas de los pretendientes al Hades. Segunda, conversación del alma de Aquiles con el alma de Agamenón. Tercera, conversación del alma de Agamenón con el alma del pretendiente Anfimedonte.

1.º *Conducción de las almas de los pretendientes.*

El timbre anunciador de esta escena lo puso Homero conforme a su costumbre en el canto 20. «¡Ah infelices!—exclamó el adivino Teoclimeno mientras los pretendientes se reían desbocados en el último festín.—¿Qué desgracia es ésta que os pasa? En noche están envueltas vuestras cabezas y caras y abajo las piernas, lamentos se oyen, lloran las mejillas, sangre gotean los muros y las vigas del tejado. De fantasmas está lleno el portal, lleno está el patio de fantasmas que van al Érebo bajo las sombras»... (n. 351-357).

La escena allí anunciada es la que ahora tiene lugar. «Hermes saca las almas de los pretendientes. Lleva la vara en las manos hermosa, de oro, con que adormece los ojos de los hombres que quiere, y a su vez a los que duermen despierta. Con ella empezó a andar conduciendo las almas, y ellas chillando seguían. Como murciélagos que en el fondo de una cueva misteriosa chillan volando, cuando uno se ha caído del racimo en que pendían de la piedra todos unidos, así ellas chillando juntas seguían. Las guiaba Hermes el libertador por los mohosos caminos. Pasaron junto a las corrientes del Océano y la roca Leucada, y junto a las puertas del Sol y el pue-

blo de los sueños. Por allí pasaron. Pronto llegaron al prado de asfódelos donde habitan las almas, imágenes de los que fenecieron.

Encontraron el alma del Pelida Aquiles y de Patroclo y del ilustre Antíloco y de Ayante, el mejor en presencia y estatura de todos los Dánaos, después del insigne Pelión. Así estos rodeaban a Aquiles. Cerca se llegó el alma de Agamenón Atrida dolorida. A su alrededor se congregaban otras, cuantas con él murieron en casa de Egisto y encontraron su hado. A él se dirigió el primero el alma del Pelida...».

* * *

La ambientación de esta escena está en el libro 11 del poema en la bajada del protagonista al Hades. Allí está pintorescamente descrita toda esta visión de ultratumba, con los mismos personajes que aquí nos presenta, si no son los pretendientes que —como es natural— forman el elemento nuevo de este último cuadro. Allí estaba Agamenón rodeado de los que con él cayeron, allí Aquiles con Patroclo y Antíloco y Ayante... Allí todos hablaron con Ulises contándole sus cuitas, cada uno por su orden. Entre sí entonces no hablaron.

Aquí la novedad va a estar en que ellos hablan entre sí y en el tema de esta conversación, que está en la apoteósica muerte de Aquiles. Homero se despide así por última vez de sus caros hijos literarios Agamenón, Aquiles, Patroclo, Antíloco, Néstor, Ayante... Son nombres que se oyen por última vez al morirse este sol y recuerdan tantas cosas... El poeta siente que el lector tiene la misma curiosidad que Alcínoo cuando preguntaba a Ulises: «¿Viste en el Hades a algunos de tus semidivinos compañeros, que contigo fueron a Troya y allí encontraron la muerte?» Y esta curiosidad en parte la satisfizo antes y en parte la va a satisfacer ahora, conforme también con otra manera de Homero que nunca lo suele decir todo de una vez.

En este poema, que canta la vuelta de los héroes de Troya, no podía dejar de cantar la vuelta desgraciada de Agamenón, y por contraste y evocación la muerte del mayor de los héroes que no pudieron volver porque murieron en Troya. La muerte de Aquiles el protagonista de la *Ilíada*, que por exigencias estéticas no tuvo cabida en la *Ilíada* y que Homero creía un deber incluirla en la *Odisea*. Y en su amor de padre y en su genio de artista encontró esta «pun-

ta saliente» del poema para levantarle como los Aqueos este «magnífico mausoleo sobre el anchuroso Helesponto para que de lejos le vean al pasar por los mares los hombres que ahora viven y los que después vendrán»...

2.º *Conversación de Aquiles y Agamenón.*

«Atrida —le dice el alma de Aquiles— creíamos que tú eras siempre el favorito de Zeus entre todos los héroes, al verte reinar entre tantos y tan ilustres en el pueblo de Troya, donde tanto sufrimos los Aqueos. Pero también a tí te había de visitar el primero el triste sino, que nadie puede evitar desde que nace. ¡Ojalá que gozando de la gloria con que mandabas hubieses encontrado en el pueblo de Troya la muerte y el hado! Entonces te hubiesen levantado todos los Aqueos una tumba y hubieras también dejado a tu hijo una gran gloria. Pero ahora el hado te ha condenado a morir con la muerte más triste».

La visión de Troya idealizada por la poesía del pasado..., la figura de Agamenón imperando sobre el ejército más grande que habían conocido hasta entonces los siglos..., y esta figura evocada como con envidia por su antagonista de la *Ilíada*... son pinceladas altamente sugeridoras. Sugeridoras de añoranzas, sugeridoras de amistad..., de aquella amistad con que terminó la *Ilíada*, que empezó con la reconciliación de los dos rivales y continuó por las atenciones y delicadezas de los pésames y de los juegos. El poeta quiere como extinguir totalmente aun el recuerdo de aquella su riña, y por eso son ellos precisamente, los rivales de ayer, los que se admiran y alaban... y compadecen.

Porque el contraste es agudo. El rey tan glorioso de Troya—al que tenían todos por el mimado de Zeus—encontró el primero la muerte a la vuelta a su tierra. Y la muerte más triste... A manos de su mujer infiel y de su vil amante. ¡Si hubiera muerto en Troya con su gran fama! Hubiera tenido un glorioso mausoleo y hubiera dejado gran gloria a su hijo. Pero ahora...

Son los temas que el poeta inicia y que va a desarrollar en la contestación de Agamenón. Mejor morir en Troya cubierto de gloria... como Aquiles. Oigamos la apoteosis de Aquiles de boca de su rival Agamenón.

* * *

Y entonces le contestó el alma del Atrida: «Feliz hijo de Peleo,

parecido a los dioses, Aquiles, que moriste en Troya lejos de Argos...» Es el hilo de oro que engarza la apoteosis de Aquiles, el haber muerto en Troya, no como Agamenón que murió en Argos... Por eso qué patetismo no tiene en boca de Agamenón. ¡Dichoso tú que moriste en Troya lejos de Argos!... ¿Por qué dichoso? Y empieza a hacer la apoteosis de su muerte.

Homero como siempre es ordenado—porque la belleza es «splendor ordinis»—y el orden que sigue es el de los hechos... Primero la caída y lucha por su cadáver. Segundo la capilla ardiente. Tercero el duelo: a) de los Dánaos, b) de su madre y de las ninfas marinas, c) de las nueve musas. Cuarto el entierro o incineración. Quinto la sepultura o colocación de sus huesos. Sexto el mausoleo. Séptimo los juegos fúnebres y los premios. Octavo contraste final entre la muerte de Aquiles y la de Agamenón.

Analicémoslo por partes. Todo ello evoca idealizado lo cantado en la *Ilíada* por la muerte de Patroclo.

Primero: Caída y lucha por su cadáver. «Dichoso tú que caiste en Troya... A tu alrededor muchos murieron, troyanos y aqueos, los hijos mejores, luchando por tí. Tú yacías tendido entre torbellinos de polvo—¡qué grande y en qué gran espacio!—olvidado de tu carro y caballos. Nosotros todo el día estuvimos luchando, y no hubiéramos puesto fin al combate si Zeus no nos obliga con una tormenta»... La majestad que estos versos encierran la sienten bien los que han leído la rapsodia 16 de la *Ilíada* y han sentido la lucha por el rescate del cadáver de Patroclo.

Todo lo que allí sintieron lo encuentran en estos siete versos quintaesenciado. Y todo aquí está sublimado en consonancia con el héroe. Los que caen son muchos y son los mejores...: importancia de aquel que defienden. El héroe yace entre remolinos de polvo...: furor con que se lo disputan. El héroe yace como un gigante...: su colosal figura. La lucha dura todo el día... y hace falta una tormenta para acabarla...: su encono y su importancia. Y todo con la nota emotiva: «Olvidado de tu carro y caballos»...

Segundo: La capilla ardiente. «Cuando por fin te sacamos a las naves desde el combate, te colocamos en un féretro después de haber lavado tu hermosa carne con agua caliente y con ungüentos». Es otra síntesis evocativa del amortajamiento de Patroclo.

Tercero: El duelo: a) de los Aqueos. «Muchas lágrimas ardientes derramaban a tu alrededor los Dánaos y se cortaban los cabellos»...

en señal de dolor y como obsequio al difunto, en cuya pira quemaban las cabelleras, como lo hizo Aquiles en la muerte de Patroclo.

b) de su madre y de las ninfas marinas. «Tu madre vino del mar con las inmortales ninfas marinas al oír la noticia. Un gemido se oyó sobre el mar infinito, y el temblor hizo presa en todos los aqueos y hubieran entonces saltado a las cóncavas naves, si no los hubiera detenido un hombre de mucha experiencia y de mucha ciencia, Néstor, cuyo consejo ya de antes era el mejor. Este con buena voluntad les habló de esta manera: «Deteneos, argivos, no huyáis, jóvenes aqueos. Esta es su madre que viene del mar con las inmortales ninfas marinas a visitar a su hijo». Así dijo, y se contuvieron de nuevo los magnánimos aqueos. A tu alrededor estuvieron las hijas del anciano del mar lamentándose tristemente, y te envolvieron en vestiduras incorruptibles»...

¡Qué bien recogida está aquí toda la esencia poética de la *Iliada* cuando salió Tetis del mar con las ninfas marinas a consolar a su hijo por la muerte de Patroclo! Y todo sublimado. El gemido es infinito. El temor domina a todos los aqueos... Y la presencia de Néstor, la última presencia de Néstor aquí—en unión con Aquiles a quien tanto quería y a quien siempre más que nadie defendía—cuántas cosas sugiere y qué añoranza de despedida suscita...

c) de las nueve Musas. «Todas las nueve Musas alternando con dulce voz te cantaban sus trenos. Entonces no hubieras visto sin llorar a ninguno de los argivos. Tan hondo llegaba la voz de la Musa»... Elemento nuevo sublimador de la muerte de Aquiles—el de las nueve Musas—que no se halló en la muerte de Patroclo.

Cuarto: el entierro o incineración. «Diecisiete días seguidos y diecisiete noches te lloramos los inmortales dioses y los mortales hombres. Y al décimo octavo te entregamos al fuego, y a tu alrededor matamos muchas y muy gruesas ovejas y bueyes de retorcidos cuernos. Ardías con la vestidura de los dioses entre unguentos y miel dulce. Muchos héroes aqueos desfilaron con sus armaduras alrededor de la pira mientras te quemabas,—de a pie y de a caballo. ¡Qué estruendo se oía!»...

La muerte de Patroclo sólo tuvo un día de luto, la muerte de Héctor nueve. La muerte de Aquiles tiene que tener diecisiete... Y le lloran en ellos todos—dioses y hombres. La muchedumbre de víctimas de donde sacaban la grasa para acelerar la acción del fuego está también en consonancia con el héroe. El desfile de los héroes

ante la pira mientras el héroe se quemaba, con el ronco gemir de la tierra y el crugir de las armas ¡qué épico resulta! ¡Qué majestuoso aquel «estruendo» que se oía!

Quinto: la sepultura o colocación de los huesos. «Cuando ya te consumió la llama de Hefesto, al amanecer por fin recogimos tus blancos huesos, Aquiles, entre vino puro y unguentos. Dió tu madre una urna de oro, de dos asas. Don de Diónisos dijo que era y obra del célebre Hefesto. En ella yacen tus blancos huesos, inmortal Aquiles, mezclados con los de Patroclo Menetiada difunto, y aparte los de Antíloco, a quien apreciabas más que a todos los demás compañeros y después de Patroclo, claro está, difunto».

La melancólica poesía de este trozo penetra como el unguento... El consumirse del héroe, el recoger sus blancos huesos al amanecer, el colocarlos en la urna de oro—don de su madre—, el colocarlos con los de sus dos amigos más íntimos... tiene yo no sé qué, que penetra hasta los huesos... Sobre todo con ese apóstrofe al héroe: «Recogimos tus blancos huesos, Aquiles... En ellas yacen tus blancos huesos, inmortal Aquiles...» Y esa terna de jóvenes ya difuntos—Aquiles, Patroclo, Antíloco—encerrada en esa urna de oro juntos como lo habían suspirado en vida, qué patetismo encierra. Sobre todo para los lectores de la Iliada que evocan la última voluntad de Patroclo y de Aquiles de «morir» siempre juntos como habían vivido... Y ese «Aquiles» dos veces repetido al final del verso... Y ese «difunto» dos veces aplicado a Patroclo...

Sexto: el mausoleo. «Sobre ellos después levantamos una grande y magnífica tumba el sagrado ejército de los argivos guerreros en una punta saliente sobre el anchuroso Helesponto para que de lejos la vieses al pasar por el ponto los hombres que ahora existen y los que después serán». Impresionante visión la de esta tumba sobre el acantilado, vista por todas las generaciones que atravesasen el mar... Parece la silueta del héroe gigante destacándose para siempre sobre la inmensidad...

Séptimo: los juegos fúnebres y los premios. «Tu madre pidió a los dioses premios inigualables para los juegos y los puso en medio del certamen para los campeones aqueos. Ya te has encontrado en muchos juegos en honor de ilustres héroes—cuando con ocasión de la muerte de algún rey se ciñen los jóvenes y se disputan los premios. Pero si hubieras visto aquellos, más que en ninguno te hubieras quedado maravillado.—¡Qué premios puso en tu honor inigua-

lables la diosa Tetis de argéteos pies! Porque eras muy querido de los dioses»...

Como antes la urna era regalo de un dios y hechura de otro, así ahora los premios de los juegos fúnebres dados en honor de Aquiles. Todo indica sublimación del héroe. Su madre, diosa, se los pide expresamente a los dioses, y ellos se los dan generosos e ilustres como de dioses... que no admiten comparación ni en número ni en calidad con los de ningún mortal. A cuántos juegos fúnebres no había asistido Aquiles... Y los que hemos leído la *Iliada* recordamos los que él mismo dió en honor de Patroclo... Y sin embargo si hubiera visto los suyos se hubiera maravillado. ¡Tan querido era de los dioses!... Tan querido como de los hombres... Por algo antes le lloraban por igual dioses y hombres...

Así ha trazado el poeta la apoteosis del héroe. Con una caída gigante, con un duelo gigante, con una pira y una urna y unos huesos y una sepultura gigante, con unos juegos fúnebres y unos premios gigantes... «*κεῖσο μέγας μεγαλωστί*: Allí yaces... ¡qué grande! ¡qué gigante!... Para hombres y para dioses. Por eso... ¡qué natural resulta la conclusión!

Octavo: contraste final entre la muerte de Aquiles y la de Agamenón. «Así que tú ni aun muerto perdiste tu nombre sino que siempre entre todos los hombres tu fama será inmortal, Aquiles... Mientras yo... ¿Qué alegría supone para mí el haber terminado la guerra si en la vuelta Zeus me preparó la muerte más vil a manos de Egisto y de mi esposa maldita?» Termina el poeta con lo que empezó: «Dichoso de tí, hijo de Peleo, parecido a los dioses, Aquiles, que moriste en Troya, lejos de Argos...» Ha contado su muerte gloriosa y termina en la línea principal que engarza toda la apoteosis de Aquiles con la trayectoria central de este cuadro: la muerte desgraciada y vil de Agamenón. Trayectoria que se inicia en el «Si hubieras muerto en Troya...» de Aquiles, sigue en el «Dichoso de tí que moriste en Troya lejos de Argos...» de Agamenón, y termina—o mejor dicho continúa, porque la terminación espléndida será al final del cuadro—con estos últimos versos de Agamenón: «Tú por morir en Troya conservas nombre inmortal, yo en cambio muerto vilmente por Egisto y mi esposa...» en mi casa.

Ahí va el poeta, al hogar de Agamenón como contraste del hogar de Ulises. Lo demás no es más que armonización, pero una armonización llena de evocaciones para todos los que hemos asistido

al gran concierto poético de Homero. Las mejores y más sensibles notas se reproducen aquí. Es como un último ramillete poético para recuerdo. Pero el poeta va a la enfrentación por última vez de los dos hogares, del hogar de Ulises y del hogar de Agamenón. Por eso, en cuanto termina la apoteosis de Aquiles y la centra en la trayectoria principal, dice enseguida: «Así hablaban estos entre sí, cuando he aquí que se les acerca el Mensajero Argifontes conduciendo las almas de los pretendientes matados por Ulises... Y los dos se admiraron y se fueron derechos a ellas en cuanto las vieron». Ya estamos en la segunda parte del cuadro: la conversación de Agamenón con las almas de los pretendientes.

3.º *Conversación de Agamenón con Anfimedonte.*

«Conoció el alma de Agamenón Atrida al hijo querido de Melaneo, al renombrado Anfimedonte. Porque había sido su huésped en su casa de Itaca. Y así le habló la primera el alma del Atrida: «Anfimedonte, ¿qué os ha pasado, que bajáis a la oscura tierra todos tan escogidos y tan de la misma edad? Ni aunque se hubieran puesto a escoger los mejores de la ciudad... ¿Ha sido Poseidón el que os ha hundido en vuestras naves lanzándoos violentos vientos y olas grandes? ¿O acaso os destrozaron hombres enemigos sobre la tierra por robarles sus bueyes y hermosos rebaños de ovejas o en defensa de su ciudad y de sus mujeres? Dímelo, ya que te lo pregunto, pues tengo a gloria el ser tu huésped. ¿No te acuerdas de cuando fui allá a vuestra casa con mi hermano Menelao para animar a Ulises a ir conmigo a Troya en las bien cubiertas naves? Un mes entero tardamos en atravesar todo el ancho ponto: tan difícil nos fué persuadir a Ulises destructor de ciudades...»

La inagotable fecundidad de Homero todavía tiene nuevos datos en reserva. El viaje de Agamenón a Itaca para reclutar a Ulises. Y conforme a su típica manera nos lo pone ahora al fin, lo que parece debiera haber ido al principio. Nos lo pone cuando lo pide la marcha de la acción... Agamenón conoce a Anfimedonte porque en aquella ocasión se hospedó en su casa... ¡Qué recuerdos tan sugerentes los del reclutamiento de Ulises y su salida para Troya, ahora que está por fin de vuelta en su casa! ¡Cuánta emotividad en este encuentro entre el principio y el fin! Pero como digo no es más que el broche para la acción.

Porque Agamenón conoce a Anfimedonte y entabla el diálogo con él. Una cosa le ha llamado la curiosidad: el número y la calidad de los recién venidos. ¿Cómo se explica que bajen al Hades tantos juntos y tan distinguidos? Está bien cogido el punto interesante de la pregunta y tal vez nosotros nos hubiéramos parado ahí. Pero Homero con sus ojos claros y observadores todavía sorprende otro dato más típico y llamativo: «Y de la misma edad». ¿No es verdad que aquí está el punto más interrogante? Tres hipotéticas causas sugiere, que al lector sugieren tantas cosas... La tormenta de Poseidón con sus vientos fuertes y grandes olas sugiere la tormenta de Ulises donde perdió a sus compañeros y estuvo a punto de perecer también él... El secuestro de bueyes y ovejas sugiere el destrozo de los pretendientes en las haciendas de Ulises... La lucha en defensa de la ciudad y sus mujeres sugiere la causa porque Ulises mató a los pretendientes en defensa de su mujer.

Así con esta economía poética compone Homero siempre sugerente.

Anfimedonte le contesta. «Atrida famosísimo, Rey de hombres, Agamenón. Recuerdo todo eso que me dices—de tu estancia en mi casa—Y yo voy a contarte con toda verdad todo lo que nos ha sucedido, el triste fin de nuestra muerte, tal como sucedió...»

Tres partes tiene la narración de Anfimedonte. Primera, el dolo de Penélope. Segunda, el dolo de Ulises. Tercera, la matanza. Este juntar ahora los dos dolos de esposo y esposa es como ponerlos en un mismo plano de prudencia y de fidelidad, y explicar cómo los dos fueron igualmente causa de la matanza de los pretendientes. Y el que sea precisamente un pretendiente el que lo cuenta y con voz de ultratumba y después de los hechos, da un realismo dramático a la narración de fuerza remachadora. Oigámoslos en detalle.

Primero: dolo de Penélope. «Pretendíamos a la esposa de Ulises tanto tiempo ausente. Ella ni rechazaba la odiosa boda ni la ponía fin, —meditando la muerte y la negra parca contra nosotros...— sino que discurrió este otro engaño en su mente. Se puso a tejer en su palacio una gran tela, fina y bien ancha. Y nos dijo a nosotros: Jóvenes, pretendientes míos, ya que murió el divino Ulises, esperad —aunque suspiráis por mis bodas— hasta que termine este manto— no sea que se me pierdan e inutilicen los hilos—y haga esta mortaja para el héroe Laertes, para el día en que le alcance el hado funesto de la muerte que tiende a lo largo... No sea que me critique

alguna aquea del pueblo si yace sin mortaja el de tantas posesiones...

Así dijo y nuestro gran corazón se persuadió. Entonces de día tejía, sí, la gran tela, pero de noche la destejía, cuando ponía junto a sí las luces. Así tres años ocultó el engaño y tuvo tan creídos a los argivos, pero cuando llegó el cuarto año y volvieron las horas al correr de los meses y al pasar numerosos los días, entonces ya lo dijo una de las mujeres que lo sabía muy bien... ¡Y la sorprendimos efectivamente deshaciendo el espléndido manto! Así que tuvo que terminarlo, aun contra su voluntad, a la fuerza».

Es la tercera vez que se cuenta en la Odisea este dolo de Penélope. Una en el libro II, cuando los pretendientes por boca de Antínoo justifican su actitud echando la culpa de ella a la dolosa Penélope. Otra en el libro 19 cuando Penélope cuenta al misterioso mendigo—que era su esposo—los dolos de que se ha valido para sostenerse fiel hasta ahora contra los pretendientes. Y la tercera, ésta del último canto de la Odisea cuando uno de los pretendientes dice cómo efectivamente gracias a este dolo se sostuvo cuatro años, lo suficiente para que llegase su esposo y comenzase el segundo dolo que les causara la muerte.

¿Por qué estas tres repeticiones—y en forma extensa e igual—de este dolo? Porque en él está simbolizada la prudencia y la fidelidad de Penélope y la habilidad de aquella pobre mujer para sostenerse en medio de su debilidad femenina contra tantos y tan poderosos. Ella mujer, su hijo pequeño, no podía por la fuerza tomar la ofensiva y se acogió a la maña y a la defensiva. El «más vale maña que fuerza» tuvo toda su aplicación aquí. Y como esta fidelidad y esta maña y esta habilidad y prudencia de Penélope constituyen el nervio de la Odisea, por eso se repite tres veces este dolo que las simboliza. Y la última aquí, en el último canto, después de los acontecimientos, como un comprobante de su efectividad..., y un canto de victoria que recuerda y contrasta con las angustias de las dos situaciones anteriores.

Segundo: dolo de Ulises. «Cuando ya enseñó el manto—después de tejer la grande tela—y lo lavó—parecíase al sol o a la luna—entonces precisamente algún mal espíritu trajo—yo no sé de donde—a Ulises a lo último del campo donde tiene su mansión el porquerizo. Allá fué el querido hijo de Ulises divino, al volver de la arenosa Pilos con la nave negra. Ambos a dos tramaron la mala

muerte contra los pretendientes y vinieron a la noble ciudad, cierto que Ulises el segundo, pues Telémaco delante fué abriendo el camino.

A aquel le condujo el porquerizo con pobres vestiduras sobre su carne, parecido a un mendigo remendado o a un anciano, apoyado en su cachaba... Sí, sucias vestiduras llevaba sobre su carne. Ni uno de nosotros pudo conocer quién era al aparecer tan de repente, ni aun los que eran más ancianos, sino que con palabras injuriosas le reñimos y con golpes. Pero él aguantaba mientras tanto en su palacio nuestros golpes y dicerios con sufrido corazón. Mas cuando ya le incitó el espíritu de Zeus que lleva la égida, recogiendo con Telémaco las espléndidas armas las metió en el cuarto de dentro y las cerró con llave. Luego pidió a su esposa con su gran astucia que ofreciese el arco a los pretendientes y el hierro gris; para nosotros de mal hado—como armas de certamen y comienzo de la muerte...

Ni uno de nosotros pudo tensar el nervio del fornido arco: mucha fuerza nos faltaba. Pero cuando a las manos de Ulises llegó el grande arco, entonces nosotros todos gritábamos que el arco no se lo diesen, por más que dijese... Telémaco el único le insistió y mandó lo cogiese. Entonces él lo recibió con su mano—el de mucho aguante divino Ulises—y fácilmente tensó el arco y atravesó con la saeta el hierro».

Este dolo de Ulises es en la mente del poeta una continuación del anterior de Penélope, y ambos tienden igualmente a la matanza. Esta finalidad está claramente expresada para el primero en el verso 127—«Preparándonos la muerte y la negra parca», y para el segundo en el v. 153—«Y ambos tramaron para los pretendientes una muerte mala».—La coincidencia de la llegada de Ulises precisamente cuando la otra había tenido que terminar su tela y el encuentro del padre con el hijo en la choza del porquerizo, tienen para el poeta algo de providencial. El nudo de la trama estaba en el incógnito, y esto es lo que recalca el poeta: el hijo que se adelanta y el padre que va con el porquerizo..., las vestiduras pobres y andrajosas que le ocultan de mendigo, la cachaba como un viejo..., la inconsciencia de los que le injurian y golpean, la ignorancia de todos aun de los más ancianos. Y luego la astucia de Ulises que aguanta... y cierra las armas y aconseja la prueba del arco. Y la debilidad precursora de los pretendientes y su alarma como un presentimiento ante la entrega del arco al mendigo y la insistencia enérgica de Telémaco y el triunfante Ulises... Todo ello nos revela los hilos de la trama descarnados como en un ramillete.

Y tiene para nosotros el encanto de ver en breve lo que antes hemos visto ampliamente descrito y de ir reconociendo—como dice Aristóteles—que «esto es aquello»...

Tercero: la matanza. «Se plantó en el umbral de un salto, derramó las rápidas saetas mirando terrible al derredor, y dió al rey Antínoo. Empezó después a disparar contra los otros dardos preñados de ayes, con golpe certero. Y caían unos sobre otros. Era claro que algún dios les ayudaba, porque atacando con todo su furor por el palacio mataban a diestro y siniestro. Y se oía un gritar vergonzoso al caer las cabezas heridas. Todo el pavimento nadaba en sangre. Así perecimos nosotros, Agamenón. Nuestros cuerpos aún yacen abandonados en los palacios de Ulises, porque aún no lo saben los amigos en casa de cada uno, para que lavándoles la negra sangre de las heridas, los pongan en el féretro y los lloren... Porque este es el tributo de los muertos».

Así termina la relación de Anfimedonte y así termina la matanza, blanco final de los dos dolos. Su narración en este punto del poema tiene algo de remache del punto central del poema, que es la matanza de los pretendientes. Ya pasó, ya se logró lo que un tiempo parecía imposible, gracias a la astucia o habilidad combinada de un marido y una mujer. Y ahora, sobre el silencio de los cadáveres, con el misterioso decir de ultratumba, oír al alma de una de las víctimas referir el suceso con los más salientes detalles... es de una impresionabilidad justiciera y aleccionadora sangrante. Ulises triunfó porque tuvo una esposa modelo. Ulises triunfó porque tuvo una cautela suprema. Ulises triunfó porque tuvo la ayuda del cielo. Y ellos murieron porque merecían morir... La narración de Anfimedonte descubre ante Agamenón la perspectiva de un hogar enteramente contrario al suyo, y sin quererlo le renueva la herida más honda de su corazón. Por eso prorrumpo en estos versos que pudiéramos llamar

La apoteosis de Penélope. «Dichoso tú, hijo de Laertes, ingeniosísimo Ulises: de gran virtud es la esposa que te ha cabido en suerte. ¡Qué buenos eran los pensamientos de la constante Penélope, hija de Icarío! ¡Qué bien conservó el recuerdo de Ulises, su primer esposo! Por eso su fama jamás perecerá, la de su virtud, y compondrán los inmortales un poema encantador para los hombres que habitan la tierra en honor de la prudente Penélope. No como la hija de Tindareo que tramó malas obras matando a su esposo primero... Repulsivo será su cantar entre los hombres e ingrata la fama que deja a toda la raza femenina, aun a las mujeres buenas».

El poeta ya ha remachado la idea central de este cuadro: el hogar de Agamenón antítesis del hogar de Ulises. Es uno de los puntos neurálgicos del poema, y como antes hemos dicho, no podía faltar su remache en el último canto. Sólo que el poeta con su polifónica manera lo ha armonizado con otros motivos también culminantes del poema y ha encontrado la manera ingeniosísima a la vez que bellísima de juntarnos aquí la apoteosis de sus dos poemas o sus dos creaciones primeras. Porque aquí está la *Iliada* descrita en los rasgos de Aquiles y aquí está la *Odisea* en las dos heroínas de signo contrario—la heroína del bien y la heroína del mal—Penélope y Clitemnestra. Porque la *Odisea* es ese doble cantar embelesador y repugnante—compuesto por los inmortales—que immortaliza la hazaña de las dos pero cantando la virtud fascinadora de Penélope sobre el fondo negro de la villanía y traición de Clitemnestra. Villanía que cubrirá de vergüenza a las mujeres, aun a las buenas, si no tuvieran sobre ella la virtud purificadora de Penélope.

Homero se sintió inspirado cuando compuso este cuadro y sintió que su inspiración tenía una luz comola del sol, que sólo Dios le podía comunicar por que superaba a todos los demás astros. Por eso en ambos poemas atribuye su inspiración al cielo y tiene el presentimiento cierto de que han de ser para siempre el astro rey de las literaturas. Así de la *Iliada* dice: «Así tú, ni aun muriendo perdiste tu nombre, Aquiles, sino que siempre tu fama entre todos los hombres será distinguida... Las nueve Musas alternaban tus trenos con dulce voz. Allí no vieras un solo argivo [que no llorase. Tan hondo llegaba la voz de la Musa... Te lloramos los inmortales dioses y los mortales hombres]... Y de la *Odisea*: «Su fama no morirá jamás, la fama de su virtud—de Penélope—y compondrán en su honor los inmortales un cantar que «encantará» a los que vivan sobre la tierra, en honor de la prudente Penélope. Y cuanto la virtud de Penélope encantará, tanto repugnará la traición y el cantar de Clitemnestra».

Aquí están unidas y soldadas por última vez las dos figuras contrastes de la *Odisea*, y aquí tenemos formulada por el mismo poeta una de las claves estéticas de su inspiradísima composición.

«Así ellos hablaban entre sí, estando en las moradas del Hades, en los fondos de la tierra...».

ENRIQUE BASABE, S. J.